

RESTÁN, J. L., *Diario de un Pontificado 2008-2011*, Ed. ENCUENTRO, Madrid 2011, 206 pp.

Conocido por el programa radiofónico «*La linterna de la Iglesia*» y más recientemente por «*El espejo*», J. L. Restán recoge cronológicamente (primavera 2008-otoño 2011) en este libro una serie de artículos de Benedicto XVI. Es un esfuerzo por seguir y entender los pasos del pontificado y narrarlos a un público que desea acogerlos con sencillez e inteligencia. Público, «*maltratado por los grandes medios de comunicación, ya que por ignorancia, pereza o interés ideológico, muestran una indiferencia pasmosa cuando no un profundo sectarismo ante la figura del Papa*» (p. 11-12). Y lo muestra con ejemplos a lo largo de todo el libro. La obra viene articulada en cuatro grandes secciones y finaliza con un Epílogo, donde trata brevemente del viaje a Alemania y la convocatoria de un Año de la fe (*Porta fidei*) (p. 205-206). La primera sección, *De Australia a Francia, un anuncio para todos* (p. 13-35), expone el valor profético de la *Humanae vitae*, la elección del Misterio o del infinito hecho carne que deben hacer los jóvenes, la centralidad de Dios en la vida, la emergencia educativa, la participación de los católicos en el debate público (para modelar una nueva cultura y resistir la tendencia a considerar el cristianismo como un hecho privado), las Jornadas de Sydney, la sonrisa de la Virgen (fuerza para continuar la lucha contra la enfermedad y a favor de la vida), la novedad del cristianismo («*Él se ha mostrado*»), la sana laicidad o laicidad abierta o laicidad positiva, que tiene familiaridad genética con el cristianismo; las implicaciones morales de la pobreza, su influjo en los conflictos y la forma de gobernar el proceso de globalización, la Encíclica *Spe Salvi*, final del complejo de inferioridad del mundo católico para dialogar con la cultura moderna, y la lección de Ratisbona, desafío cordial de la Iglesia a la razón moderna. La segunda sección, *Pedro en medio de la tormenta* (p. 37-88), sugerente y real título, trata de la fraternidad San Pío X, los judíos, el obispo Williamson, Angela Merkel, H. Küng, el SIDA, la petición de cambios estructurales, organizativos, -comunicar la fe, es el gran problema-, el nihilismo, la apostasía, el viaje a Tierra Santa y las relaciones-reacciones de judíos, árabes y palestinos; en defensa de la cultura de la vida, la familia, la libertad religiosa, la Regla de San Benito como la regla para el futuro, los grandes valores de la Encíclica social, *Caritas in veritate* (2009), el viaje a la República Checa, citando a Havel y Kafka, donde recuerda que la fe pretendió ser eliminada por el totalitarismo y ahora por el escepticismo; la comunión anglicana, la homilía sobre el hombre en la ciudad secularizada, -no ceder a la amargura de la queja, o condena de los otros, sino a comenzar a hacer una ciudad más hermosa y más humana, movidos por el evangelio- y las beatificaciones de Pío XII y Juan Pablo II. La tercera sección, *el vuelo del águila* (p. 89-154), comenta el encuentro fraterno en la Sinagoga de Roma (2010), el anuncio del viaje a la tierra de Beckett, Moro y Newman, el gobierno de Benedicto en sus variadas y muchas ocupaciones, su viaje a Compostela, para ensanchar el espacio de la razón, recuperar las grandes preguntas y mostrar que «*Donde está Dios, allí hay futuro*» (p. 100). En medio del lodo de los abusos sexuales (210.000 en Alemania, de los cuales 94 cometidos por sacerdotes), Benedicto XVI brilla como una luz y se presenta ante los católicos de Irlanda como padre y hermano, maestro de la fe apostólica y cristiano escandalizado y herido por esos terribles crímenes (p. 105) y dará una lección histórica (p. 108). De pieza maestra califica Restán la homilía del Papa el domingo de Ramos de 2010; y «*parábola singular de su pontificado*», el valor y el gesto de Benedicto XVI ante 8 víctimas de abusos sexuales en Malta (p. 111). El viaje a Fátima, el recuerdo de la dignidad de la vocación de los sacerdotes, «*la audacia de Dios que se abandona en las manos de seres humanos*» (eso festeja el año sacerdotal), la llamada a vivir con la confianza en la palabra de Jesús: «*el poder del infierno no prevalecerá*» (p. 120-121); la formación del Pontificio Consejo para la

Promoción de la Nueva Evangelización (Motu Proprio *Ubicumque et samper*), nuevos nombramientos en la Curia, el viaje a Escocia e Inglaterra, donde recordará la gran figura de Newman, y el gran discurso en Westminster Hall (diálogo fe y razón), «*un impresionante discurso que abre caminos de futuro para una de las cuestiones más vitales de nuestras democracias en este siglo*» (p. 133), la visita a Sicilia, donde propuso al sacerdote Pino Puglisi como modelo de caridad ardiente, celo pastoral, valentía heroica para responder al mal (mafia) con la fuerza de la verdad y del amor; recordando que la fe puede dar un rostro más bello a esa tierra; el discurso en el Sínodo de Oriente Medio, la peregrinación a Santiago de Compostela y la anterior bendición de la Sagrada Familia en Barcelona, donde en medio de la insulsez y superficialidad cita tres verdaderas joyas literarias que saludan al Papa (Gabriel Albiac, el cardenal Julián Herranz y Sandro Magister) (p. 142). Un Papa que pide que Dios vuelva a resonar gozosamente bajo los cielos de Europa, pues la tragedia europea consiste en «*que se haya divulgado la convicción de que Dios es el antagonista del hombre y el enemigo de su libertad*» (p. 143). Visita a Santiago y Barcelona envuelta en un «*clima de agresión mediática*», como no se había dado nunca, resumiendo sus propuestas en un ir contra el laicismo de Zapatero y arremeter contra el aborto (p. 146). Finaliza esta parte con el viento fresco del libro-entrevista, Seewald-Ratzinger, *Luz del mundo*. La última y cuarta parte nos muestra el autor la relación entre Karol Wojtyła y Joseph

Ratzinger, el magno poema en prosa del Papa teólogo, *Jesús de Nazaret*, segunda parte; su discurso ante el Bundestag, «un evento para la historia» (p. 165), donde tampoco faltó oposición (170 teólogos, algunos diputados de CDU, el alcalde Klaus Wowerit), pero donde presentó todo un programa para el cristiano: surgimos de una razón amorosa y no del azar; la fe genera comunidad y pueblo, y la unidad entre los cristianos y dentro de la Iglesia. En la homilía de beatificación de Juan Pablo II se pueden encontrar preciosas notas sobre el Concilio y la fe (p. 171-173). Y en el viaje a Venecia, donde llamó a vivir una fe en medio de un creciente materialismo práctico, relativismo, pluralismo cultural y religioso, presentó una alternativa a la cultura «líquida» («una ciudad de la vida y de la belleza»), expuso la capacidad sanadora de la fe, que cura al hombre de su dureza de corazón, su cerrazón egocéntrica y de su parálisis espiritual, evocando con el título de *Serenísima*, una civilización de la paz, en la que sea posible el respeto mutuo y la amistad entre los diferentes, siendo el cristianismo un intento cotidiano de vivir la caridad en la verdad, que construye relaciones, obras y espacios de convivencia (p. 174-175). Presenta acertadamente Restán la instrucción *Universae Ecclesiae*, sobre la liturgia siguiendo de forma extraordinaria el Rito Romano y la Carta de la Congregación para la Doctrina de la Fe a las Conferencias Episcopales para que afronten los casos de abuso sexual en el seno de la Iglesia, aunque no llevan la firma del Papa. Aborda la visita a Zagreb, para seguir su lección de Wetminster Hall, sobre los fundamentos de la democracia; la homilía de Pentecostés donde dijo que la Iglesia no es invención humana, sino «Cuerpo de Cristo animado por el Espíritu Santo». Su viaje con los jóvenes en España, vuelta de nuevo a Alemania, nombramiento en la diócesis de Milán; y sobre la mesa el diálogo con el mundo laico, la unidad con los Ortodoxos, el impulso de una nueva generación de teólogos, el discurso del Cardenal Rouco en la Cibeles ante los jóvenes de las JMJ, «la generación de Benedicto XVI», Jornadas Mundiales que son «cascada de luz que da visibilidad a la presencia de Dios en el mundo», en las que pide a los jóvenes que sean testigos, con simpatía y sin complejos en la ciudad común, pues «con Cristo se pueden afrontar todas las tormentas de la vida» (p. 194). No falta tampoco el análisis de la denuncia de la SNAP a Benedicto XVI, y la tercera gran lección (después de Ratisbona y París) en el Bundestag alemán, donde recuerda que la cultura en Europa nació del encuentro entre Jerusalén, Atenas y Roma (la fe, la razón y el derecho); y defenderlos ante un positivismo salvaje es un deber en este momento histórico (p. 199). Allí presentó una Iglesia que tiene siempre que hacer un esfuerzo por separarse de lo mundano del mundo, vivir plenamente de la fe en el presente, y ser despojada de lo aparente, de lo que es mero hábito o convención. No olvida Restán el precioso discurso sobre el «nosotros» más amplio de la Iglesia, dirigido a los seminaristas de Friburgo (p. 203). Los valores principales de este libro son la contextualización histórica y selección de los principales documentos del Pontificado entre 2008 y 2011. Hubiese estado más enriquecido el libro si hubiera tenido en cuenta las respuestas y comentarios bíblicos que realizó Benedicto XVI a sus sacerdotes romanos (26 de febrero de 2009; 18 de febrero de 2010; 10 junio 2010 y 10 marzo de 2011), o con los de la diócesis de Bolzano-Bressanone (6 agosto 2008). No hubiese sobrado hacer referencia a las Audiencias del período que analiza el autor, donde el teólogo Papa ha presentado a varias figuras de la Patrística y del Mundo Medieval como modelos a imitar, después de haber concedido cinco a uno de sus autores preferidos, S. Agustín (9 de enero-27 de febrero): S. Benito, Dionisio Aeropagita, S. Isidoro de Sevilla, S. Columbano, S. Gregorio Magno, Máximo el Confesor, S. Juan Clímaco, S. Beda el Venerable, S. Bonifacio, S. Juan Damasceno, S. Teodoro el Estudita, Rábano Mauro, Juan Escoto Eriúgena, S. Cirilo y S. Metodio, S. Odón de Cluny, S. Pedro Damían, S. Anselmo, Pedro el Venerable, S. Bernardo, Hugo y Ricardo de S. Víctor, Guillermo de S. Thierry, Pedro Lombardo, S. Domingo de Guzmán, S. Francisco de Asís, S. Antonio de Padua, S. Buenaventura, S. Alberto Magno, S. Tomás de Aquino, Juan Duns Scoto, Sta. Hildegarda de Bingen, Sta. Clara de Asís, Matilde de Hackeborn, Sta. Gertrudis, Angela de Foligno, Sta. Isabel de Hungría, Margarita Oingt, Sta. Juliana de Cornillon, Sta. Catalina de Siena, Juliana de Norwich, Sta. Verónica Giuliani, Sta. Catalina de Bolonia, Sta. Catalina de Génova, Sta. Juana de Arco, Sta. Teresa de Jesús, S. Pedro Canisio, S. Juan de la Cruz, S. Roberto Berlarmino, S. Francisco de Sales, S. Lorenzo de Brindis, S. Alfonso María de Liguori, Sta. Teresita del Niño Jesús, entre otros; y sobre todo sus 20 catequesis sobre S. Pablo (2 julio 2008-4 de febrero 2009), así como las iniciadas en torno a la oración, el 4 mayo de 20011. Señala Restán, no obstante, las ideas o claves de lectura de los documentos elegidos, no pocas veces silenciados o tergiversados por los medios de comunicación. También el lector podrá, al hilo de su lectura, ir descubriendo la rica personalidad del teólogo Ratzinger (el Papa teólogo), pero también el testigo y sucesor de Pedro, el Pedro entre nosotros, y con él, el aroma inconfundible de Jesús, al humilde trabajador en la viña del Señor, simple semilla de trigo; al profeta, apóstol, hermano, padre, catequista y maestro de una fe que aporta siempre algo nuevo y valioso, de mente inquieta y corazón sensible desde su juventud, amante de la verdad, de la ciencia, de la belleza, de la razón y la libertad, con pasión por el bien, la justicia, la conciencia «como lugar de escucha de la verdad y el bien, como lugar de la responsabilidad ante Dios y los hermanos en humanidad» (p. 180). Aunque se han escapado algunos errores tipográficos, merece la pena su lectura. Felicitamos al autor porque señala perfiles de un pontificado que las gentes sencillas quizás ignoran. Valoro positivo que Restán nos presente a Juan Pablo II y Benedicto XVI, no solo como amigos íntimos, sino como complemento, como el Pedro en diversas horas de la Iglesia: si el papa polaco, extrovertido, amante del teatro, hizo caer el muro de Berlín, el papa alemán, tímido, intelectual y amante de la música, planta cara al escepticismo y relativismo de la cultura, mantiene razonable la pregunta sobre Dios, nos enseña la belleza y utilidad de la fe, aunando como pocos inteligencia y ternura.